

como la vez primera, bien decidido esta vez á no entrar en ella sino de día.

« Al llegar á la casa oigo la voz del P. Arenas, que reía á carcajadas; creo que se rie de mí, y avergonzado de haberme expuesto á ello, no me atrevo á entrar. A poco oigo á la hermana del P. Arenas, que inquieta con mi tardanza, ordena á la criada tomar un farol, y éste se dispone á ir á buscarme, acompañado de mi intrépido primo, que hubiera gozado del resultado de la expedición. En el mismo instante el miedo desaparece, solo me queda el de ser sorprendido en mi carrera; corro, vuelo á la iglesia, y sin perderme esta vez, sin andar á tientas llego al púlpito, subo, tomo la Biblia, bajo de un salto, y en otros tres salgo de la iglesia, olvidándome de cerrar la puerta, entro en la sala sin poder casi respirar y pongo el libro en la mesa, asustado aún, pero entusiasmado de gozo por haber desechado el auxilio ageno. »

§ VIII. PERSEVERANCIA.

La perseverancia, esto es, la constancia en proseguir lo que se ha comenzado, es una excelente cualidad, cuando se aplica á cosas útiles y justas. Solo la perseverancia proporciona la gloria á los talentos y la corona á las virtudes. El éxito no está reservado para quien ha empezado una empresa, sino para quien ha perseverado en ella hasta el fin. (B.)

Con la perseverancia se alcanza todo. (B.)

Dios rogando y con el mazo dando. (REFRAN.)

Palissy.

Bernardo Palissy, es un grande ejemplo de lo que puede una voluntad firme y perseverante. Nacido de padres pobres que apenas pudieron hacerle dar algunas lecciones de lectura, escritura y agrimensura, aprendió por sí solo el dibujo y llegó á ser muy hábil en este arte. Con el producto que sacó de varios trabajos de agrimensura y de unos vi-

drios que pintó, visitó para instruirse una parte de la Francia.

Tenia ya cerca de cuarenta años y se hallaba establecido en Saintes, cuando habiendo visto una magnífica copa esmaltada, resolvió buscar el secreto de la composición del esmalte, secreto solamente conocido, en aquel tiempo, de algunos artistas italianos, que se servían de él para hacer hermosas cosas que vendían muy caras. Puso desde luego manos á la obra é hizo muchos ensayos infructuosos que agotaron sus economías, pero no por eso desmayó. Habiéndole encargado que levantase un plano de las salinas de Saintonge, consagró el precio que recibió para hacer nuevas tentativas. En seguida pidió dinero prestado para construir un horno, quemó para calentarle los muebles y tablas de su casa, y pagó al trabajador que le ayudaba dándole una parte de sus vestidos. En fin, después de diez y seis años de tareas incesantes, vió coronados sus esfuerzos por el mas brillante éxito, pues sus hermosos vidriados esmaltados, sus floreros y figurines, comprados á competencia por el rey Enrique II y todos los aficionados á las artes, adornaron todas las quintas y jardines, hallándose la Francia enriquecida con una nueva industria.

Desclieux.

[1702].

El cafeto ó árbol del café, ese precioso arbusto cuyo cultivo ha enriquecido al nuevo mundo, era desconocido allí á principios del siglo XVIII, pues solo se cultivaba en Arabia. Un jóven alférez de marina, llamado Desclieux, que ascendió con el tiempo á teniente general de la armada, concibió la idea de enriquecer la isla de Guadalupe, su patria, con aquella producción. Confiéronle dos arbolitos de café que se conservaban en Paris en un invernadero del jardin de plantas, embarcóse con ellos y se dedicó á cuidarles durante la travesía. Pero el viaje fué mas largo de lo regular y el agua escaseó hasta el punto de no dar á cada

pasajero mas que un vaso diario. Desclieux, con riesgo de su salud y hasta de su vida, se bebia apénas la cuarta parte de su racion, reservando el resto para regar sus arbolitos, que logró salvar con su perseverancia.

Los dos cafetos, plantados en Guadalupe, se aclimataron con tal prosperidad, que ellos son los que han propagado el café en todas las Antillas.

Enriquecidas las colonias francesas con la cultura del café, ofrecieron á Desclieux, veinte años despues, un don de 300,000 francos, que rehusó, pidiendo que destinasen esta cantidad para perfeccionar varios cultivos en las colonias.

Sickler.

[xvii siglo].

Superior á todo elogio es la perseverancia con que un naturalista aleman, llamado Sickler, ha dotado su pais de una riqueza que es acaso la mas útil de todas. Habíase dedicado particularmente al cultivo de los árboles frutales, y creó una almáciga en el ducado de Sajonia Gotha, que contenia unos ocho mil árboles injertados. En 1806 despues de la batalla de Jena, un cuerpo de caballería del ejército frances victorioso, acampó en la almáciga y destrozó completamente aquellos pobres árboles que habian costado tanto trabajo, muchos de los cuales estaban cubiertos de flores.

Sickler, en vez de desalentarse, plantó una nueva almáciga con el mismo esmero que la primera. Pero siete años despues, en 1813, época de los desastres del ejército frances, una nube de cosacos invadió el nuevo plantel, sin dejar en pié ni un solo árbol.

El intrépido arbolista emprendió otra vez la misma tarea, con igual celo, y la tercera almáciga, plantada con sus propias manos, tenia ya en 1820 una frescura y fuerza de vegetacion admirables, de modo que llegó á ser un verdadero tesoro para las provincias sajonas, á las que ha enriquecido



Desclieux regando una mata de café.

con una gran variedad de frutos excelentes, desconocidos hasta entónces en el norte de Alemania.

Bremontier.

Bremontier, célebre ingeniero frances, nos ofrece uno de los mejores ejemplos de lo que puede la perseverancia en el bien.

Entre Burdeos y Bayona media una costa baja y árida que una mar irritada azota sin cesar, y donde las olas están continuamente llevando arena que forma unas colinas mas ó ménos elevadas. Estas colinas cambian de lugar, impelidas por otras, de modo que la arena va siempre invadiendo el terreno y conquistando progresivamente aquella desgraciada region. Cada año se notaban los progresos de esta invasion y los sabios calculaban ya, con espanto, que ántes de tres siglos quedaria sepultada la opulenta ciudad de Burdeos.

Bremontier, ingeniero de puentes y calzadas de Burdeos, concibió el proyecto de detener la marcha progresiva de la arena y preservar de su ruina á aquellas tierras amenazadas.

La idea que concibió fué grandiosa, pues se propuso cubrir aquellas movibles colinas de selvas, cuyas raíces, penetrando profundamente en la arena, impedirian, en primer lugar, que mudasen de sitio y luego, la espesura de los árboles extendiéndose como una espesa cortina á lo largo de la orilla del mar, detendria la impetuosidad de los vientos y de las olas, y se opondría á la invasion de nuevas montañas de arena. ¿Pero cómo realizaria su plan? ¿Cómo podria obtener esa frondosa vegetacion en unas costas eternamente azotadas por los ásperos vientos del Océano, enemigos de toda vegetacion y en una arena improductiva que, segun decia el mismo Bremontier, era tan pura y tan fina como la arenilla de una salvadera?

La dificultad era inmensa, pero una capa de humedad permanente que notó en el suelo á algunos centímetros de

profundidad, vino á darle cierta confianza, porque la humedad, como lo han reconocido todos los naturalistas, es, en ciertos casos, suficiente para la vegetacion. ¿Cómo podria sujetar las arenas durante los primeros años necesarios para la formacion de los árboles? ¿Y qué árboles habia de escoger.

Sin descuidar ninguno de los quehaccres que le imponian sus funciones de ingeniero en jefe, no cesó Bremontier ni un instante de proseguir la solucion de su doble problema. Seria muy difícil poder decir de cuántas pruebas y experimentos se valió este infatigable filántropo para lograr su fin. Tenia en su quinta innumerables macetas llenas de tierra y arena de toda clase, donde sembraba semillas de plantas herbáceas y leñosas, calculando la duracion de la germinacion, estudiando sus progresos relativos, y pesando la cantidad de agua con que las regaba; y en cuanto obtenia algunos resultados probables, se apresuraba á ir á ensayarlos en las dunas, que así se llaman esas colinas movibles.

En los primeros tiempos de su empresa, no recibió ningun estímulo, y apenas pudo obtener algunas cantidades insignificantes para unos trabajos que exigian grandes auxilios, porque todo el mundo consideraba como un sueño la esperanza que le animaba.

Todos decian que era tiempo y dinero perdido; que era una locura querer poner diques al Océano, impedir que los vientos moviesen las arenas; y llamaban extravagancia al querer crear bosques en donde no podia crecer un átomo de yerba. La murmuracion llegó á ser general, y á los sarcasmos con que se acogieron sus primeros pasos, se mezclaron gritos de reprobacion.

Pero Bremontier hacia poco caso de eso, y continuaba sus trabajos con ardor infatigable. Hallóse por fin un árbol, el pino marino, propio de las arenas húmedas y que resiste á los vientos del Océano; pero este árbol, en sus primeros años, es sumamente delicado. ¿De qué modo se podrian proteger los viveros hasta que pudieran defenderse por sí

mismos? Despues de varios ensayos, consiguió Bremontier protegerlos convenientemente por medio de hileras de empalizadas de estacas. Este medio era seguro, pero bastante costoso; á medida que la arena se amontonaba era preciso levantar mas las empalizadas, y siendo muy limitada su accion protectora, habia que multiplicarlas hasta lo infinito. Cada montecillo estaba, pues, cubierto de cercas semi-circulares imitando la forma de las escamas de los peces.

Este ensayo dió buenos resultados; Bremontier le simplificó en seguida, y con la economía que de ello resultó pudo ejecutar trabajos en mayor escala. Cubria simplemente el suelo con las ramas de los árboles cortados en el bosque mas próximo, y las sujetaba con unos ganchitos de madera que se introducian en la arena; la semilla de los pinos que se sembraba bajo esta cubierta germinaba perfectamente.

Una feliz casualidad ofreció al hábil ingeniero otro medio mas perfecto. Entre las ramas traídas de los bosques, habia algunas de junces y retamas; los granos de estas plantas que cayeron por tierra crecieron entre los pinos, los superaron bien pronto en altura, y su vegetacion vigorosa y siempre verde, en lugar de ser perjudicial á los árboles nacientes á causa de su proximidad, les procuraba un abrigo bienhechor, porque bajo las copas de las retamas que el frio ó los vientos han secado por un lado, el tierno pino prospera y conserva su verdor.

Entónces llegó Bremontier al colmo de sus deseos, pues vió asegurado su trabajo, y la ejecucion era fácil y pronta.

Con la semilla del pino se mezcla cierta cantidad de la de retama y de junco, y las tres se extienden por la arena movediza; cúbrese el sitio despues con ramas de árboles que se echan por tierra y las malezas que se arrancan en los bosques; á los cuatro ó cinco años las retamas llegan á la altura de uno ó dos metros, y sus copas contienen la arena; las ramas que las cubrian se pudren y se reducen á polvo; entónces el pino crece á su vez, y elevándose por encima de las retamas su vigoroso tronco, su raiz penetra

hasta cinco ó seis metros en la arena. Desde aquel momento ya está creado el bosque y el terreno es fijo.

¡Admirable resultado de la perseverancia y de la abnegacion!

Pero aquel feliz éxito daba un terrible desengaño á la maledicencia, llegando á exasperarla hasta el furor. Algunos enemigos encarnizados trataron de quitar á Bremontier el mérito de su invencion, y hasta la direccion de los trabajos, solicitando con calor que se le destituyese. Las delaciones anónimas llovian por todas partes, y se exasperaban los ánimos de los ignorantes pueblos cuyo bienhechor iba á ser aquel hombre. Miéntras iba á París á presentar las primeras muestras de la resina extraída de sus plantíos, para apresurar los auxilios del gobierno por medio de tan evidentes pruebas de los resultados, los mismos habitantes de las poblaciones que queria salvar, amotinados por sus enemigos, talaban sus viveros é incendiaban las selvas nacientes.

Cuesta trabajo el referirlo, aunque no volvió á suceder; la envidia se confesó por fin impotente, respetó su obra, y solo dirigió sus tiros al autor; mas todos sus estuerzos fueron vanos, y las murmuraciones desaparecieron cediendo el puesto á una voz unánime de reconocimiento y admiracion.

Una de las obras mas importantes de Bremontier es la conservacion de Mimizan, ciudad en otro tiempo bastante floreciente con un puerto frecuentado. El puerto y la ciudad habian desaparecido enterrados en la arena, y solo quedaba la iglesia con un grupo de casas que formaban un pueblo todavia algo importante. Ya hacia tiempo que sus habitantes vivian sin temor, cuando una mañana vieron con asombro el movimiento que durante la noche se habia efectuado en las dunas que cubrian la antigua ciudad, aproximándose hasta la iglesia é invadiendo el mismo pórtico. Sobrecogidos de espanto, abandonan sus casas y huyen á los bosques. Bremontier acude, les reúne, les anima é inspira la confianza de que él mismo está poseído. El cura del pueblo secunda sus esfuerzos. « Yo no

abandonaré ni la iglesia ni mi casa, » dice el noble eclesiástico, sin embargo de estar ámbas amenazadas las primeras. Por fin cobran ánimo los habitantes, ponen manos á la obra, dirigidos por aquellos dos hombres honrados, rodean la terrible duna con empalizadas y ramas entrelazadas, y con vástagos de árboles verdes la cubren y la fijan. Pocos años despues ya no tenia nada que temer el pueblo de Mimizan, que luego vió cercada su iglesia de un bello bosque de árboles verdes; sus laboriosos habitantes levantan hoy vastos edificios al pié de la duna que, en vez de absorberlos, les protege. Gracias á este abrigo, que detiene el furor del viento, cultivan amenos jardines y huertas donde en otro tiempo habia un desierto.

El Estado posee hoy en las dunas de Gascuña diez y ocho mil hectáreas de bellos bosques sembrados segun el procedimiento de aquel ilustre ingeniero.

En medio de estos bosques y no léjos del Océano se halla un monumento construido para perpetuar la gloria de Bremontier; su misma sencillez le hace notable; es un cipo de mármol, y todo su adorno consiste en una corona de encina y una inscripcion.

Al viajero que con el piadoso recuerdo de honrar la memoria de un hombre de bien, llega hasta este sitio solitario, y se sienta al pié del monumento, el melancólico murmullo del viento que agita las hojas tiesas y aguzadas de los pinos, y el bramido del tempestuoso mar le sumergen en profunda meditacion; piensa en los inmensos servicios que Bremontier ha prestado, en las vicisitudes, obstáculos y pesares que le suscitó la envidia; pero tambien tiene la prueba á la vista, de que si la virtud está segura de conseguir un objeto laudable, tiene que armarse de fuerza y perseverancia contra todo lo que se oponga á sus esfuerzos.

Si él mismo está ocupado acaso en alguna grande obra de utilidad pública ó de beneficencia y ve que se ponen trabas á sus proyectos, que se desfiguran sus instituciones y se desconoce su carácter, halla un consuelo, diciendo para sí: «La obra de Bremontier subsiste; los pinos que él

plantó se hunden profundamente en la tierra, miéntras que sus altas copas se pierden en las nubes; y entretanto hé ahí inmóviles esas colinas de arena que marchaban á la conquista del pais.... ¿En dónde están ahora los detractores del hombre de bien, los que querian cansar su perseverancia destruyendo sus empalizadas é incendiando sus plantíos?... »

El alud.

[1840.]

En uno de los primeros dias de octubre, un jóven, habitante del Valais, volvia de Sion¹. La nieve caia abundantemente en las montañas, y con mucho trabajo se dirigia hácia su choza, situada en el rincon de un valle aislado. Por fin, al cabo de muchos esfuerzos llega hasta una roca desde donde la vista podia descubrir gran trecho y de donde podia ver su habitacion. ¡Pero cuál fué su espanto y su sorpresa! en el sitio donde yacia su cabaña, solo ve en desordenada confusion montones de nieve desprendida de los montes, y piensa que sin duda alguna su pobre mansion está enterrada, aplastada bajo aquellas masas heladas. Bien conocido es este pais por los aludes, que desprendiéndose de las montañas, ruedan, se precipitan, engruesan en su carrera, y cayendo con terrible estruendo, sepultan casas, campos y á veces aldeas enteras.... ¡La desesperacion se apodera del desdichado, pues en aquella casa está su jóven esposa y su único y querido hijo! Siéntase en aquel peñasco azotado por el viento y contempla tan horrible espectáculo sin tener fuerzas para llorar siquiera.

Mas de repente le asalta el pensamiento de que tal vez pueda á fuerza de valor y de constancia salvar á su esposa y á su hijo; con esto cobra ánimo, corre á las casas de sus vecinos, los llama y les ruega vayan á ayudarle en la empresa que el cielo le ha inspirado, y los guia al lugar de la

1. Capital del Valais, canton suizo.

catástrofe. Ármanse todos de picos, palas, azadones, y con infatigable ardor se apresuran á deshacer aquellos enormes témpanos de hielo. Él los anima, y hace por sí solo casi mas trabajo que todos ellos. En esto sobreviene la noche, los trabajos se interrumpen y cada uno se vuelve á su cabaña, pero él continúa trabajando toda la noche. Reúnense al dia siguiente con el mismo ardor é igual constancia, pero, ¡son tan lentos los progresos que hacen!... Llega la segunda noche, y triste y acongojado se queda tambien solo, con el corazon desgarrado de dolor, pero conservando todavía alguna esperanza. Aparece por fin la aurora del tercer dia; el cielo es mas puro, las nubes se van disipando, y de repente, ¡oh dicha! él es el primero que descubre la chimenea de su choza; lleno de ansiedad se apresura, y percibe en el hogar, á la luz de una lámpara, su mujer, su hijo y una cabra que les daba su leche; su esposa, su hijo, el rebaño, todo salió ileso; un peñasco que guarecia la habitacion habia cortado el alud, y la nieve se amontonó sin caer directamente sobre el techo. Felices al verse reunidos, dieron ardorosas gracias al Omnipotente, á la vez que su esposa, poseida de júbilo, estrechaba contra su seno á su querido hijo, cuya vida y la suya propia eran debidas al perseverante valor de su marido.

§ IX. ACTIVIDAD, TRABAJO, EMPLEO DEL TIEMPO.

Dios ha colocado el trabajo como el centinela de la virtud :

La ociosidad nos cansa mas pronto que el trabajo. (*Curso de moral.*)

El fastidio entra en el mundo por la puerta de la pereza. (LA BRUYÈRE.)

El hombre activo esta en todas partes, sus cuidados lo abarcan todo ; no pierde un momento, y si le ha quedado algo por hacer, cree no haber hecho nada :

No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy :

E tiempo es tan precioso como el oro; no le malgasteis y tendreis bastante.



Un alud.